

EXIGENCIAS ECOLÓGICAS Y ÉTICA CRISTIANA

La ecología no es una moda. Si no tomamos conciencia de que estamos echando a perder la casa de todos, las generaciones futuras tendrán que vivir a la intemperie. Para el autor del presente artículo, éste no es el único ni el más urgente de los problemas que hoy plantea la ética ecológica. Además de mirar la naturaleza con ojos distintos de los del ave de rapiña, apremia introducir una nueva cultura de la solidaridad que nos eduque de cara a los desposeídos de esta tierra y una nueva ética de la renuncia que ponga coto a la avaricia de poseer más y más olvidando que hay quien no tiene nada.

Exigencias ecológicas y ética cristiana, Proyección 42 (1995) 263-286.

I. Situación actual

Doble acusación

El cristianismo ha sido objeto de una doble acusación, en parte contradictoria. Se le ha acusado de olvidar las realidades materiales. Atento al destino último y definitivo, el creyente sólo se habría preocupado del más allá y habría relativizado todo lo demás. No es de extrañar que el *contemptus mundi* (desprecio del mundo) constituya un tema clásico de la espiritualidad. Al dirigir todos los esfuerzos del creyente a la consecución de la felicidad eterna, la religión aparecía como un opio que impedía el compromiso y la lucha por la satisfacción de las necesidades terrenas.

La otra acusación es más reciente: la de haber fomentado los excesos ecológicos y las violaciones de la naturaleza. La desacralización del mundo que se afirma en los primeros capítulos del Génesis habría traído consecuencias desastrosas. El mandato de Dios de someter y dominar la tierra abrió las puertas a todos los desmanes posteriores. El afán de dominio han hecho del señor de la naturaleza su déspota. La tierra quedó incondicionalmente rendida en sus manos. Una ciencia y una tecnología que no reconoce límites es la consecuencia lógica de esa actitud arrogante.

Por contradictorias que puedan parecer, ambas acusaciones poseen un denominador común: un antropocentrismo exagerado, en el que lo único que interesa es el ser humano. Todas las demás realidades, o por su carácter pasajero o por su condición de inferioridad y subordinación, no cuentan: el ser humano puede y debe utilizarlas en función de su propio interés. En todo caso, la fe cristiana sería responsable de la situación actual, antaño por su negativismo frente al progreso de las ciencias y luego por su desenfrenado impulso para profanar la naturaleza más allá de sus límites.

Aunque exageradas, esas acusaciones no carecen de fundamento. Con todo, no hay que olvidar que los delitos ecológicos aumentaron significativamente desde que la fe y los valores cristianos se eclipsaron en la sociedad. No es tampoco ahora el momento de hacer un juicio histórico para repartir responsabilidades, de las que los cristianos no quedamos del todo exentos. El problema ha surgido por la dificultad que todos tenemos en mantener un equilibrio entre el aprecio por todos los valores naturales, que para el creyente son relativos, y la búsqueda inmoderada de ellos que nace de una actitud

insaciable. Una civilización incapaz de poner límites a su ansia de progreso y bienestar termina por convertirse en una amenaza contra la vida misma.

Por eso, la preocupación ecológica que busca la reconciliación de todos los seres humanos con el mundo -hogar de la humanidad- afecta de lleno a la conciencia cristiana. No pretendo aquí enumerar todos los problemas que ha suscitado esa preocupación. La finalidad es más modesta. Se trata de ver cómo las exigencias de los grupos ecologistas coinciden plenamente con una actitud cristiana que no siempre se mantuvo fiel a sus presupuestos.

Dimensión ética del problema

Para dar una respuesta eficaz al problema no basta con denunciar los atentados ecológicos con una retórica apocalíptica, como si la humanidad caminara hacia un desastre inevitable. No parece que, bajo el miedo de una terrible amenaza, que no cabe admitir como única alternativa, la gente vaya a renunciar al bienestar que tanto le ha costado conseguir, sobre todo si se tiene en cuenta que las consecuencias no recaerían sobre las generaciones actuales. Hay que evitar dos extremos: el del romanticismo y el de la resignación.

Un romanticismo ingenuo pretendería una vuelta hacia etapas anteriores. Se trataría de condenar los adelantos técnicos de que hoy gozamos y retroceder hacia otras culturas primitivas completamente superadas. Esta respuesta romántica, además de imposible, eliminaría el progreso que ha aliviado lo penoso del trabajo humano. Si la ecología propugna un rechazo a mejorar la calidad de vida, su fracaso es evidente.

Si los beneficios del mundo actual y los valores que ofrece el progreso constituyen una refutación clara de la "vehemencia ecologista", tampoco pueden justificarse las violaciones ecológicas como si fuera el precio que hay que pagar, si queremos mantener el nivel de bienestar de la sociedad actual. Tampoco, pues, cabe aceptar el extremo contrario de la resignación: una visión conformista, como un "canto a las virtudes de la civilización", que no resiste a un análisis objetivo de la realidad.

Aun evitando estos dos extremos, la solución no puede dejarse en manos de la técnica. La racionalidad científica resuelve determinados problemas concretos, pero causa otros distintos. Son los mismos científicos los que han revitalizado la preocupación ética, como única salida a los problemas que la misma ciencia plantea. La solución radica en una cosmovisión distinta que aporte otros valores humanistas y cristianos para reenfocar la problemática ecológica.

II. Exigencias básicas de la ecología

La tarea que nos incumbe es la de trabajar por una *sociedad sostenible*, en la que, dentro de una jerarquía razonable, la armonía de todos los seres haga más comfortable la casa que habitamos. Para ello es condición ineludible una triple exigencia que posibilite un nuevo tipo de relación con la naturaleza.

Una nueva mirada sobre la naturaleza

I. *El misterio de la naturaleza.* El ser humano ha mirado la naturaleza desde perspectivas muy distintas. Para las culturas primitivas, el orden cósmico poseía el halo de lo sagrado y misterioso. Ante él no cabía sino el asombro y el sentimiento de impotencia. Nadie se hubiera atrevido a manipular en sus estructuras, no sólo por sentirse incapaz de intervenir en lo que se ignora, sino para evitar las consecuencias de una transgresión del poder divino que fundamenta su existencia. La primera obligación ética era el sometimiento. Por su trascendencia religiosa, la naturaleza resultaba intocable: como la puerta entreabierta de un recinto majestuoso, que descubre la cercanía de lo divino, pero que no se puede traspasar.

Sin llegar a estos excesos, fomentados por la ignorancia, la trascendencia y la normatividad de la naturaleza se ha conservado diluida en el pensamiento religioso y ético de muchos movimientos. La cultura africana y oriental son más sensibles a esta dimensión que va a desaparecer casi del todo en el antropocentrismo racionalista de occidente.

A medida que los adelantos técnicos posibilitaron el conocimiento de sus mecanismos, la naturaleza fue dejando de ser objeto de contemplación para convertirse en campo de experimentación. De *artis magistra*, que regulaba cualquier actuación, pasó poco a poco a ser *artis materia*, con la que el ser humano pudiese explotar cada vez más todas sus posibilidades. Lo natural ha quedado artificializado: "Ya no manejamos objetos naturales; manejamos artificios que manejan artificios (...) que, en último término, manejan objetos naturales" (J. R. Capella, *Los ciudadanos siervos*, 1993, p. 38).

2. *La perspectiva bíblica.* La actitud actual, respecto a la naturaleza, que acabamos de describir, no puede apelar ni a la fe cristiana ni a los datos de la Biblia. Pese a pertenecer a una cultura primitiva, el hombre de la Biblia mira la naturaleza desde una perspectiva diferente. Así, desde este punto de vista, los relatos de la creación pretenden dos cosas: desmitificar una visión pateísta del mundo y afirmar la superioridad de la pareja humana -hombre y mujer- sobre todos los demás seres. El mundo brotó de las manos amorosas de Dios, en aquella mañana gozosa de su nacimiento, como una epifanía del Creador, pero como realidad finita, quebradiza, cuyo carácter divino le viene de su génesis y no de su propia naturaleza. En medio de este universo, el ser humano ocupa un lugar privilegiado, como lugarteniente que gobierna en nombre del único Señor.

Junto a esta desacralización de la tierra y esta primacía de lo humano, la Biblia se sitúa también en una perspectiva escatológica. La tierra no es el paraíso, sino el lugar de la prueba. Muchos quedan prendidos de los bienes de esta tierra. Una cierta renuncia es indispensable para que el ser humano se abra a los bienes más auténticos y verdaderos. El Dios bíblico es el que, a través de los acontecimientos históricos, ofrece la salvación. La naturaleza es el espacio geográfico y temporal en el que se realiza la alianza.

El que, a partir de los presupuestos bíblicos, intente justificar los delitos ecológicos, hace de ellos una lectura que no coincide con el proyecto de Dios. Los datos bíblicos no justifican el despotismo, la violencia del que, como gerente de Dios, está llamado a cuidar de la naturaleza. La misma dimensión escatológica es un anuncio gozoso para la tierra entera.

3. *El simbolismo trascendente de la creación.* El ser humano y el cosmos no sólo tienen el mismo origen, sino que están orientados hacia un destino idéntico. Ninguna realidad de nuestro mundo está destinada a la muerte. Con bellas y atrevidas imágenes expresa Pablo la esperanza de toda la creación de ser liberada: "Sabemos que hasta ahora la humanidad entera está gimiendo con dolores de parto. Y no sólo ella, también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos por dentro guardando la condición filial, el rescate de nuestro cuerpo. Con esa esperanza nos han salvado" (Rm 8, 22-24).

Nuestra cultura competitiva, en el que el supremo valor es el interés económico e individual, no mira los seres creados como epifanía divina. Urge una nueva mirada sobre la naturaleza. No se trata de mirarla como a un dios. La revelación no permite la idolatría. Pero tampoco tolera que las huellas que el Dios vivo ha dejado en todas las creaturas sean holladas por el poder irracional y egoísta del hombre, que sólo busca la utilidad inmediata sin preocuparse por las consecuencias futuras.

Se impone un esfuerzo para que los ojos del creyente descubran esa trascendencia. Como cantan algunos salmos, la grandiosidad de la obra de Dios asombra y seduce, pero al mismo tiempo constituye el símbolo de la grandeza de Dios. La ecología nos invita a esta nueva mirada sobre la naturaleza, como primera condición para que surja un talante diferente.

Sin caer en un fundamentalismo ecológico, que propugna una "igualdad biocéntrica", sin ninguna jerarquía entre lo humano y los demás vivientes, el abrazo reconciliado con la creación no se realiza desde la prepotencia. Basta con recoger el mandato de Dios de cuidar la tierra. Todos los seres venimos del *humus* (tierra): la humildad forma parte de nuestra constitución. Y, por tanto, no podemos despreciar nada. Sólo desde esta desnudez es posible vivir la fraternidad con toda la creación. Como el pobre de Asís que, en comunión profunda con la naturaleza, sentía como hermanos a todos los seres.

Una nueva cultura de la solidaridad

I. *Los desequilibrios existentes.* Esa nueva mirada sobre la creación es necesaria. Pero no basta para alcanzar una *sociedad sostenible*. Para impedir los desequilibrios existentes en el ecosistema, es urgente insistir en una segunda exigencia: hay que reforzar el vínculo de solidaridad entre todos los seres de la naturaleza, en especial entre las personas humanas, que constituyen su centro privilegiado

No es fácil saber si las previsiones de futuro son tan alarmistas, como algunos afirman, o existen motivos de esperanza para responder a las necesidades de la humanidad a medio o largo plazo. Puede que existan todavía en el planeta muchos recursos que aún no han sido explotados. En todo caso, vale la pena recordar lo que Gandhi decía a comienzos de siglo: "El planeta ofrece cuanto el hombre necesita, pero no cuanto el hombre codicia". Porque el problema no radica en si habrá o no materias primas suficientes para proveer a las necesidades de las nuevas generaciones. Aun en la hipótesis de que nunca faltara lo necesario, la herida más profunda, y que no parece haya de cicatrizar, es el injusto reparto entre los pueblos que se acercan a la mesa común.

Nadie sabe con exactitud a cuántos habitantes podrá alimentar la tierra, pero se calcula que los 2.500 millones de 1950 se convertirán en 12.500 millones en el 2050, si no se encuentran los mecanismos eficaces para frenar esa explosión demográfica. Pero la tragedia radica no tanto en el número como en la distribución: más del 80% de los nacimientos tendrán lugar en los países subdesarrollados. Diríase que el mandado divino de Gn I, lo hemos escindido, dejando a los pobres la tarea de henchir la tierra, mientras que los ricos la dominan para sus intereses.

Según las estadísticas, los países desarrollados -alrededor del 20% de la población mundial- poseen el 85% de la riqueza del planeta. Y la dinámica del desarrollo apunta en la misma dirección. Los ricos irán disminuyendo y los pobres aumentarán, en número y proporción. Y si la producción continúa creciendo, será prioritariamente en beneficio de los primeros. En conclusión: el desarrollo económico sirve para que, en los países desarrollados, el nivel de vida se mantenga e incluso suba, pero en las regiones pobres sólo servirá para dar de comer a un número mayor de bocas hambrientas.

2. *Hacia una cultura de la solidaridad.* Desde esta perspectiva, la ecología no es una moda de los "verdes", que pretenden la defensa de la flora y fauna del planeta, puesta en peligro por la contaminación, la explotación desenfrenada de las reservas, etc. Sin duda es encomiable su interés por despertar la conciencia colectiva. Pero el problema es más hondo. Porque no basta con paliar los efectos perniciosos del desarrollo en los países industrializados. Ciertos objetivos ecológicos parecen más un privilegio de los que ya tienen asegurada su subsistencia que un camino que conduzca hacia una "sociedad sostenible". Porque la mayor parte de la humanidad sigue estando condenada a una pobreza mayor.

Aquí la técnica no puede aportar soluciones. Porque el progreso seguirá realizándose sobre la base de la explotación de los más necesitados. El problema de fondo reside en un antagonismo de intereses: tras haber fundamentado su bienestar en el despojo de la naturaleza, unos pocos pretenden ahora preservar la salud de los habitantes de sus países prohibiendo a nivel mundial la fabricación y el uso de artículos antiecológicos. Pero siguen explotando el Tercer mundo para mantener su nivel de vida e incluso se escandalizan de que ahora los pobres intenten aliviar su miseria con los mismos métodos de que ellos se sirvieron. La única alternativa consiste en reflexionar en el porqué de esta situación. Pero esto no interesa por sus consecuencias. Helder Cámara solía decir: "Cuando doy pan a los pobres dicen que soy un santo, cuando pregunto por qué los pobres no tienen pan, me llaman comunista".

La sociedad de la opulencia necesita la explotación de estos pueblos para continuar su desarrollo. Si estos pueblos pretendieran elevar su nivel de vida deberían adoptar la misma política de injusticia con los demás y de despojo incontrolado de la naturaleza. Pero esto les está vedado por su falta de autonomía técnica y económica. Cualquier intento de promoción en el Tercer mundo no es viable sin el permiso de los que tienen el poder en sus manos. Sólo la comunicación de bienes entre todos haría posible la superación de este enorme desequilibrio. Pero ¿existe algún país dispuesto a renunciar a una parte de su nivel de vida para compartirlo con otros?

Una nueva ética de la renuncia

I. *La búsqueda de otra alternativa.* ¿No habremos llegado ya a una situación límite que nos obligue a buscar otra alternativa? Un mundo en antagonismo constante con las exigencias de la naturaleza y dominado por el interés de unos pocos alienta las esperanzas de cambio. No basta con el crecimiento económico. Éste debe realizarse de manera proporcional y en beneficio de todos. La dinámica actual, en vez de recortar las diferencias, las agranda. Es el momento de preguntarnos cuál es el criterio que valoramos como primario. ¿La rentabilidad egoísta e inmediata; el aumento cuantitativo de tener cada vez más; la indiferencia frente a un porvenir incierto? ¿o la preocupación solidaria con los demás y un nivel cualitativo de vida que piense en otros intereses mucho más humanos y universales?

El modelo de desarrollo de los países industrializados desemboca en un crecimiento cuantitativo que no valora los aspectos cualitativos de distribución y reparto. Desde esta perspectiva, urgiría des-desarrollar ese crecimiento, para realizarlo con una óptica que evite tamaños desajustes. *La ética de la renuncia* se impone aquí como una tercera exigencia ecológica. Mientras se mantenga ese afán de crecimiento sin límites, cualquier proyecto sólo servirá para que exista una mayor pobreza generalizada y una mayor riqueza concentrada en manos de la minoría.

2. *La dimensión ascética de la existencia.* Hablar de ascetismo en una cultura identificada con el hedonismo resulta un lenguaje poco seductor. Tener satisfechas las necesidades básicas es un derecho. Encontrar respuesta a los deseos humanos podrá ser conveniente. Pero disfrutar de todo lo superfluo, además de no dar la felicidad, es una provocación para los que añoran lo que nosotros despreciamos. A los que vivimos en la abundancia nos resulta difícil comprender la cantidad enorme de cosas superfluas que consideramos como necesarias, mientras que las urgencias vitales de muchos millones de personas no encuentran eco en nosotros. El único camino eficaz, pero difícil de llevar a la práctica, es la conciencia de que hemos de renunciar a algo de lo mucho que nos sobra, para compartir con otros nuestra riqueza. Por esto es lógico que la ética ecológica subraye la estrecha vinculación que existe entre los seres de la tierra, en la que todos somos necesarios, y, más en concreto, entre las personas y las naciones. Y esto no sólo por sus implicaciones actuales, sino de cara a las futuras generaciones. Se trata de una preocupación solidaria que se abra a los demás, que rompa el horizonte individualista del que sólo reacciona cuando algo le afecta personalmente o puede sufrir sus consecuencias. La participación y la renuncia se acepta cuando existe una comunión que lleve a compartir los recursos disponibles y necesarios y cuando se renuncia a aquellas actuaciones que puedan traer consecuencias negativas para el futuro de la tierra.

3. *El síndrome narcisista.* Los comportamientos egoístas tienen mucho que ver con el narcisismo. Se trata del estado psíquico del que se acerca a la realidad para encontrar en ella una gratificación completa e inmediata. Todo va orientado a satisfacer sus carencias. Cualquier pérdida le resulta intolerable, ya que necesita construir una imagen grandiosa de sí mismo en la que pueda reflejarse. La renuncia le deja frustrado. Su apertura a todo lo demás es sólo para poseerlo y conseguir la gratificación que necesita. El drama de esta patología, soterrada en el corazón de tantas personas, es la incapacidad de amarse como uno es, mientras no consiga un yo ideal.

Los psicólogos insisten en que la capacidad para integrar las frustraciones es condición para una personalidad madura. La persona madura no es la que se encuentra plenamente satisfecha, porque nada le falta en su proyecto infantil de totalidad, sino la que se abraza con cariño y algo de humor a la limitación inherente a todo ser humano. Por esto, la ascesis y la modernación que propone la ética ecológica sería una terapia para desmontar los mecanismos ególatras del que vive ensimismado, sin caer en la cuenta de los problemas que afectan a los demás. A medida que las posibilidades van siendo mayores, la despreocupación por los demás aumenta, fomentada por los intereses económicos.

Conclusión

Uno comprende la enorme dificultad que hay en salir del laberinto en que estamos metidos. Como el individuo por sí solo no puede resolver nada, la responsabilidad se diluye en el anonimato. Y nadie puede señalar como culpables a

personas sin rostro y sin nombre. Si no se cuenta con la colaboración de la mayoría es imposible lograr nada. Por esto, se impone formar una conciencia ecológica comunitaria que reconozca las exigencias de una ética ecológica.

El dicho de Bacon hace al caso: *Natura non nisi poren do vincitur* No se puede vencer a la naturaleza sino obedeciéndola. No sólo para respetar sus leyes físicas, como condición indispensable para el progreso, sino para aceptar también otra serie de obligaciones más urgentes sin las que la técnica pierde su condición humana. No se trata de sacralizar los mecanismos de la naturaleza para impedir la intervención de la técnica, cuando con ella se consigue un progreso auténticamente humano. Pero tampoco de acomodar la ética a todas las nuevas posibilidades que, en un futuro, se le puedan abrir a la técnica. La ética ha de ser siempre luz y denuncia, dinamismo y reflexión. Pero ha de ser flexible y ha de estar siempre abierta a los datos de un avance técnico en la medida en que éste sirva a la dignidad de las personas y las respete.

La ética ecológica ofrece datos fundamentales para esta reflexión. Si la mirada humana se hiciese más lúcida y trascendente, si se hiciesen más estrechos los vínculos de solidaridad con las actuales y con las futuras generaciones y fuésemos capaces de descubrir las múltiples necesidades artificiales que nos hemos creado, para despojarnos de algunas en beneficio de los demás, la esperanza por un mundo mejor renacería.

Condensó: JORDI CASTILLERO